

LA MUERTE CON SANGRE ENTRA

Alejandro Grimson*

Las políticas de la diversidad, tan bonitas y tan aguardadas por todos, presuponen políticas de tipificación de personas y poblaciones. Un elemento crucial es constituir la imaginación de las diferencias culturales como biodiversidades. Esto es, amputar la historicidad y el poder de la cuestión de la diferencia. En cambio, reconstruir analíticamente mecanismos de la maquinaria de las categorizaciones es condición para desestabilizarlas.

La naturalización civilizatoria del poder escolar permitió pensar que *la letra con sangre entra*. Y actuar en consecuencia. Hoy podemos constatar que esas tipificaciones, ya massmediatizadas, permiten que ingrese la muerte al universo de lo natural. En particular, el supuestamente inaceptable asesinato político, puede ingresar al terreno de lo tolerable e, incluso, de lo celebrable, a través de esos procesos de categorización. Por otra parte, las fronteras entre tipos de personas jerárquicamente definidas como relevantes o prescindibles, plantean la existencia de muertes inclasificables o que requieren ser analizadas en la propia frontera de distintas tipologías.

* Es Doctor en Antropología, investigador del CONICET y Decano del IDAES de la Universidad Nacional de San Martín. Sus últimos libros son *Los límites de la cultura y Mitomanías argentinas. Cómo hablamos de nosotros mismos* (Siglo XXI).

I

“Piel roja” es una expresión extraña. ¿Por qué no hay pieles blancas? Sabemos que realmente no hay seres negros o amarillos. La humana fábrica de colores ha sido muy imaginativa. Pero ¿por qué sólo en aquellos indios se hablaba de la piel?

Hace muchos años, un cacique indígena fue a Brasilia a negociar la entrega de tierras. Tuvo que pasar la noche a la intemperie y un grupo de jóvenes que regresaba de una fiesta le arrojó combustible y lo quemó vivo. Cuando fueron apresados, los jóvenes intentaron justificarse: “creímos que era un mendigo”. Es decir, dijeron que habían realizado el acto criminal por desconocer que se trataba de un indígena y de un cacique. En Brasil, la sangre indígena es parte central del imaginario nacional. Ellos no hubieran quemado a un ancestro.

También lo es, claro está, la sangre mulata, mezclada, la que encarna la mitología –por otra parte, muy cierta– de las relaciones intensas, carnales, en las fazendas entre la casagrande y la *senzala*. Mulato es otro término sorprendente: vuelve a postular la pretensión descriptiva sobre un contenido sanguíneo determinado, cuando es una categorización cultural de un hecho ambiguo.

Imaginemos un país repleto de mulatos donde no existe el término mulato. Ese país existe hace más de dos siglos: se lo llama Estados Unidos de América. En el siglo XIX hubo numerosos casos judiciales vinculados a la sangre: el hijo del dueño de esclavos con una esclava, ¿merece heredar las propiedades de su progenitor? La respuesta fue clara y contundente: de ninguna manera, puesto que al tener “una sola gota de sangre negra” la persona es necesariamente negra. La “gota de sangre” es una expresión vigente hoy en Estados Unidos y puede verse en que ellos consideran que tienen un presidente negro, aunque para los brasileños sería sin dudas un mulato. Pero allá no hay mulatos, así que no podría serlo.

La sangre, claro está, establece filiación, permite distinguir, por ejemplo en el caso argentino, niños adoptados de hijos apropiados. En la sangre hay una verdad irreductible. Al mismo tiempo, la lengua, los dioses, los animales prohibidos, las pertenencias, la educación, la moral, no se transmiten en la sangre. Hay otras verdades, irreductibles a la sangre. Pero rojo/negro/blanco/amarillo son hechos no sanguíneos cuya peculiaridad es hacer como si fueran sanguíneos. Las personas son amarillas, no es que nosotros las veamos o las nombremos de ese modo. Un truquito. Pero de una potencia política imposible de exagerar.

También las sangres pueden proyectarse y diseñarse para construir la nación. Los proyectos de blanqueamiento o de mestizaje, las soluciones finales, las limpiezas étnicas, los debates latinoamericanos sobre lo positivo o negativo de la miscigenación racial: la sangre

imaginada como garantía de todas las herencias futuras, de todas las condiciones humanas. O sea, los colores de piel, los rasgos corporales implicados en la sangre como arena decisiva de luchas políticas.

Benetton parece un avance frente al nazismo. Por cierto, nada hay de sanguinario en imágenes tan estilizadas. Mientras tanto, no es idéntica la cantidad de muertos en un terremoto en el país de la primera independencia negra que en otros. Katrina arrasa New Orleans, África continúa su desarrollo pujante. Mejor no preguntar por la coincidencia entre niveles de vida y colores de piel en el mundo del siglo XXI. Estadísticamente es muy poderosa. También el valor de la vida humana es asombrosamente desigual entre los pigmentos.

En la Argentina, tenemos nuestras propias maquinaciones sanguíneas. País soñado, deseado, diseñado como blanco. Un enclave austral de la península atlántica de Asia. Poblar el desierto: un país de inmigración para transplantar a estas tierras la civilización. Sobre la barbarie –se indicaría hoy– arrojar suficiente glifosato. Después, sobre tierra arrasada, transfusión de una hemorragia planificada.

Argentino significaba porteño, porteño se consolidaba como blanco. El resto, si lo había, sólo podía ser civilizado o aniquilado. Ningún proyecto de miscigenación. Nada de mezclar sangres. Nuestro crisol de razas es de unas inventadas por nosotros: la raza polaca, española, italiana y tantas otras, siempre de la península asiática.

No eran imposibles las pieles mestizas en la elite; lo que era imposible –en Argentina– es que se vieran como mestizas. Al ingresar a los círculos, al colocarse las vestimentas adecuadas, se blanqueaban. No todos los blancos eran blancos, pero es así como funciona: las sangres son materiales sobre los cuales la historia, los conflictos, la política fabrica significaciones, clasificaciones y poderes. Allí lo cultural domina por sobre lo biológico. Un mezclado puede ser un puro. Los ciudadanos no tienen por qué ser buenos biólogos: ven desde matrices perceptivas, como les han enseñado a mirar. No se ven los rasgos mezclados en algunos presidentes, en algunos miembros de la élite. Porque “blanco” no es una noción biológica. Es más sencillo: es uno de los nuestros o es uno de ellos.

En esas tierras australes menos aún lo es el término “negro”, condensación paradójicamente tanto de las polisemias como de las clausuras semióticas. Para horror de los hablantes de lenguas donde “negro” sólo puede ser estigma, en Argentina es invocado también como categoría de afectividad. Desde *cómo andás, negro* hasta la “Negra Sosa” (el modo habitual para referirse a Mercedes Sosa en la Argentina) hay una serie de usos que, en el país que se proclama “sin negros”, producen un efecto de cercanía. Tenemos tanto afecto por los negros que, en su ausencia, nos decimos así los unos a los otros, blanquitos todos.

Esto convive con otra serie, la más conocida y discutida, vinculada al racismo constitutivo de la bombonera de “los cabecitas negras”.¹ *Los cabecitas: ¿Masculino o femenino?*

Negro de mierda, negro de alma, negrada: postulaciones de que algo se porta en la sangre incluso si las pieles no son negras. El alma está en la cabeza, la cabeza en el cabello, el cabello en la condición social.

Un dato etnográfico: el 29 de abril de 2011 iba yo hacia el centro de Buenos Aires a trabajar, mientras se iniciaba el acto de la Confederación General del Trabajo (CGT) por el 1° de Mayo. Podía escucharse entre quienes llegaban en transporte público desde el norte y el oeste: “a estos negros de mierda hay que matarlos a todos”. Poco han cambiado las cosas con el tiempo. Bajos efectos en las profundidades del diálogo y de las relaciones sociales de lo políticamente correcto. Quienes fantaseaban con la aniquilación, con lo bonito que sería este país si no tuviéramos que aguantarlos, iban convencidos de que esos cuerpos habitaban la Avenida 9 de Julio por un choripán.² Es fácil constatar que muchos de los sindicatos que estaban allí reúnen afiliados que hoy tienen ingresos mayores que muchos de sus detractores. ¿Podría haber negros con más dinero que los blancos? Es absolutamente posible.

Es más, ha habido y hay casos obvios. Mayor distribución de ingresos no garantiza mejor distribución de capitales simbólicos. Los nombres de la sangre tienen el poder de trascender la capacidad de consumo. Ahora, es más fácil que salarios cercanos a las cinco cifras acerquen a esas personas a un palco cegetista que cualquier motivo choripanizado. Pero es más sencillo trivializar, volviendo al mito del asado con *parquet*,³ al inmerecido y malgastado regalo estatal, que politizar el antagonismo.

Sin embargo, los sanguíneamente nominados constituyen universos mutuamente incomprensibles, cuyas lógicas y motivaciones resultan de una ajenidad que ni siquiera se reconoce. Así fue en innumerables episodios del pasado y la sangre parece perpetuar entre

1 “Bombonera” es el nombre del Estadio de Boca Juniors, el club más popular de la Argentina. “Cabecita negra” fue la categorización utilizada por los sectores urbanos para estigmatizar a los inmigrantes internos desde los años 1930 en adelante. Un chiste racista dice que el estadio de Boca mirado desde arriba parece una “caja de bombones”.

2 El choripán es el sandwich de chorizo característico del asado argentino, muy asociado en el imaginario antipopulista a que las personas o las masas concurren a actos políticos para recibir un choripán. En términos matemáticos y económicos el argumento es ridículo. En términos culturales muy productivo en su capacidad de fabricación de fronteras en el imaginario.

3 Entre la mitología antiperonista se destaca el relato de que los pobres recibían departamentos regalados por el gobierno y que usaban el piso de madera, el *parquet*, para hacer asado.

generaciones la herencia de un hiato de significación. El hiato no es ácido nucleico, es un significante sedimentado.

Nuestros negros, *los cabeza, los de alma*, no vinieron de África. Hay otros sí, afro o mulatos, muy invisibilizados también. Y hay otros afro, más nuevos por aquí, recorriendo y reconociendo las calles de nuestras ciudades o las arenas de nuestras playas. Cuando el ojo entrenado en esta historia se posa en esos cuerpos, “negro” adquiere otro sentido.

O “negra”, término cargado de fantasías eróticas en los imaginarios raciales locales. Muy lejos del carácter inferior que presupone el racismo más común, otras densidades semióticas brotan de los cuerpos negros-afro a los ojos de los varones argentinos. Desde una sensualidad desconocida y mágica, con voluptuosidades que incorporan otros movimientos, hasta la esclavitud sexualizada del sometimiento absoluto, unos y otros estereotipos impregnan la visualización de las mujeres afro.

Ahora, los otros negros, los de pelo negro, los pobres, incluso si ganan sueldos altos, los trabajadores, los que no caminan por Las Cañitas o Palermo Soho,⁴ tienen otras ascendencias, casi siempre mezcladas, que algunos quisieron pero nunca pudieron extirpar. El hiato de significación entre esos mundos es una frontera de la conmensurabilidad que constituye a la Argentina como país escindido.

Hace ya muchos años, Norbert Elias publicó uno de sus libros más desconocidos, originalmente titulado *The Established and the Outsiders*. En su posfacio a la edición alemana, Elias analizó la novela *Who Kill the Mocking Bird?* de la escritora estadounidense Harper Lee. En la ciudad de Maycomb, Alabama, un joven afroamericano era acusado de intento de acercamiento sexual a una joven blanca, cuando en los hechos había sucedido lo opuesto. El joven inocente fue muerto por disparos cuando supuestamente intentó huir después de ser condenado. Elias se preguntaba cómo un grupo de personas, en una sociedad moderna y democrática, puede convivir con la muerte de un inocente. Para quienes condenaron a este joven, la sola sospecha de que un hombre negro pudiera tener relaciones, con o sin consentimiento, con una mujer blanca, era suficiente para considerarlo culpable. Culpable de colocar bajo amenaza el último de los privilegios de los hombres blancos en esa región del planeta: el monopolio del acceso a las mujeres blancas. Desde el punto de vista de los blancos, renunciar a ese privilegio colocaba en crisis cualquier otro elemento de diferenciación.

Entre los jueces y el enjuiciado ya no existían las diferencias económicas de antes. Pero ese hecho reforzaba la necesidad de trabajar sobre el orgullo blanco. Este punto, en realidad, es más ampliamente trabajado en la extraordinaria introducción a aquel libro,

4 Barrios de la moda gastronómica porteña.

donde Elias postula que la desigualdad entre los seres humanos nunca puede ser adjudicada a la posesión monopólica de bienes no humanos, como los medios de producción o los medios de coerción. Por ello mismo, el libro en su conjunto analiza una pequeña ciudad inglesa en la cual hay dos grupos humanos, los establecidos y los *outsiders*, entre los cuales no existen diferencias de nacionalidad, raza o clase. Sólo hay una diferencia en que unos son moradores más antiguos y los otros más nuevos de la ciudad. Pero esa diferencia deviene una distinción política, en el sentido de que los más antiguos, al estar más cohesionados, tienen una capacidad de producir clasificaciones para garantizarse a sí mismos el monopolio de las instituciones sociales y políticas de la localidad. Al excluir a los otros y estigmatizarlos, se concentran entre los *outsiders* todos los procesos característicos de lo que la sociología llamaba la “anomia social”: violencia, delito, fracaso escolar, alcoholismo.

En otras palabras, Elias muestra que no existen sociedades sin desigualdad y que el origen de la misma no debe buscarse en motivos objetivos, como el origen racial, étnico o de clase. Deben buscarse en los modos peculiares en que se estructuran las interrelaciones sociales en procesos históricos. Así tenemos una teoría política (micro y macro-política) sobre la desigualdad social.

Es decir, los imaginarios sociales y las clasificaciones que los seres humanos hacen de los grupos que forman sus sociedades no son el reflejo de un lugar otro (la base económica, los tipos biológicos o lo que fuera). Son ellos mismos el resultado y la fábrica de excedentes de poder que tienden a estructurar las relaciones sociales hasta el punto de que sólo podamos ver posteriormente a esas tipificaciones como si fueran una realidad exterior a nosotros mismos.

Por ello, podremos ver a un mulato como si fuese negro, a un mestizo como si fuese blanco o cabecita, y podremos blanquear, indigenizar y ennegrecer en función de cómo se hayan configurado nuestras categorías de percepción. Stuart Hall narró cómo percibió que *era negro* en sus interacciones inglesas y cómo entristeció el relato a su familia jamaicana, espacio cultural en el cual el término tenía otras connotaciones. Al transitar entre configuraciones culturales se viaja entre modos contrastantes de tipificación y se descubre la contingencia de todas las clasificaciones que nos resultan en sí mismas tan evidentes.

II

¿Cómo interpretar que un presidente democrático reivindique un asesinato político? Las decisiones tomadas en las horas previas y posteriores a la muerte de Bin Laden, ¿podrían comprenderse como cumbre de la civilización? No se trata, ciertamente, de una hermenéutica jurídica,

sino de un desplazamiento: la interpretación de “justicia” como noción invocada como justificación de un acto. Para la antropología, las nociones de justicia aceptables en una sociedad son lugares de condensación. Condensación de los modos en que esa sociedad comprende las relaciones entre ellos y sus “otros”, así como las tipologías acerca de las personas, sus obligaciones y sus derechos.

Vendetta pertenece al mundo de aquellos términos que resulta difícil traducir. Pertenece a los términos fáciles de traicionar cuando quieren ser interpretados. Hay una potencia en *vendetta*, un acto profundamente guiado por el sentimiento. Un sentimiento que genera una obligación, un deber, un *must*. Esa resistencia a la traducción emana además de su encastre ejemplar en relaciones sociales muy particulares. Mafiosas y peninsulares. No todas las organizaciones delictivas tienen como norma lo que cualquier antropólogo llamaría reciprocidad negativa: “ojo por ojo, diente por diente”.

La reciprocidad positiva es la gratuidad del regalo, pero que no es solo dar, es el círculo de recibir y devolver. Sólo regalamos a quienes nos regalan. Antes de “ojo por ojo” el Antiguo Testamento dice “vida por vida”. Reciprocidad negativa también es el acto de dar. Dar la muerte. Devolver la muerte.

Europa, aquella Europa modélica para el mundo, encarnaría en Francia o Inglaterra. Scicilia sería la frontera con oriente. Por ello allí se encontrarían entremezclados elementos adjudicados al otro lado del mundo. *Vendetta*, donde la familia no olvida ni perdona. Devuelve. Incluso como en un *potlach* invertido: devuelve *in crescendo*. En la Europa imaginaria, espacio de la civilización, las reglas de interacción, de delito y de punición son impersonales: todos serían iguales ante la ley. En cambio, en el mundo anterior a la civilización no hay espacio para el anonimato. Todo está regido por una lógica del parentesco.

La contraposición entre sociedades organizadas sobre la base del Estado o del parentesco tiene su propia historia. Surgió en el contexto evolucionista decimonónico, pero está vigente en los modos de postular las relaciones hoy entre centro y periferia. Morgan, el antropólogo que era leído por Engels, propuso a mediados del Siglo XIX distinguir la *societas* (como organización social) de la *civitas* (como organización política). Mientras la *civitas* se asienta en el territorio y la propiedad, la *societas* se asienta sobre gentes, fratrías y tribus. Los miembros de la *societas* se consideran un cuerpo de consanguíneos que descienden de un antepasado común. Morgan lo veía como algo contrapuesto al Estado, pero no imaginó que mientras escribía los propios estados iniciaban una retórica muy pregnante para definir a las naciones como una gran familia, con *founding fathers*. Con el tiempo la familia nacional se fue ampliando hasta, más de un siglo después, poder imaginar como parte

de esa relación parental a personas de un color diferente. Incluso, ser gobernados por ellos.

Un siglo después de Morgan, el antropólogo francés Louis Dumont mostró que mientras el igualitarismo occidental se sostiene sobre la idea de individuos iguales, las sociedades jerárquicas como la India se basan en ideas de una totalidad que está por encima de cualquier individuo. En las sociedades jerárquicas los seres humanos no son anónimos, siempre son alguien, son personas y personajes sociales. Por ello, nunca son iguales.

Todo esto es retraducido en los imaginarios evolucionistas de un modo sencillo. De una parte, la civilización con sus igualitarismos impersonales e individualistas. De otra parte, el atraso o la barbarie basados en las jerarquías personalizadas sostenidas en el parentesco.

Habría que observar occidente, allí/aquí donde todos seríamos iguales ante la ley, y constatar que el parentesco es la nada. Es cierto, sería difícil verificarlo en provincias argentinas como San Luis o Catamarca, gobernadas por décadas por una familia, pero sólo serían “excepciones que confirman la regla”, ya que sería paradigma del espacio aún hoy dominado por el caudillismo familiar. En cambio, en Estados Unidos donde el parentesco es irrelevante jamás hubo un presidente que fuera hijo de otro. Con la excepción de Bush, claro. Pero al menos no hubo un presidente que fuera pareja de otro. Porque Hillary perdió, claro. Que los Kennedy fueran parientes fue un simple hecho casual. En Francia la herencia de la hija de Le Pen o tantos otros casos es sólo producto de la intensa educación política que recibieron. Las cuestiones de parentesco y la política monárquica son otra de las excepciones. Pero no se puede comparar la elegancia con que la civilización apela al parentesco con la manera brusca en que lo hace el “oriente”. En cualquier caso, se montarán grandes proyectos de pesquisa para establecer de qué modo estas y otras excepciones siempre confirmen la regla. Diferencias sutiles y complicadas en la práctica deben ser imaginadas e interpretadas como fronteras culturales incommensurables. Gran trabajo para los intelectuales orgánicos. Pero que los hay, los hay.

En occidente la norma es clara y desde el siglo XVIII: todos los hombres nacen iguales. Ciertamente, las mujeres no y hasta ahora no terminan de ser tratadas como iguales: voto, ministras y presidentas incluidas. Los hombres nacen iguales. Ciertamente, que los “de color” tampoco, eran propiedad privada de quienes escribían que todos eran iguales, sólo que el “todos” no podía incluir a los esclavos. Ni por otro siglo ni en parte hasta hoy. Cuando Katrina arrasó con la población de New Orleans algunas palabras dichas por la esposa del presidente de aquel país, acerca de la condición de los hacinados, aún resuenan.

El problema de tantas excepciones es que finalmente sedimenta una idea crucial: sólo los que son iguales (en el sentido de blancos, protestantes, varones) son realmente iguales (ante la ley). Claro que puedes subirte al trencito de los iguales si lo consigues: Obama no es *wasp* y tantos otros ya estaban allí mucho antes.

Pero Obama y Osama, ¿tenías iguales derechos humanos? Hussein y Hussein, ¿son iguales ante la ley? Barak y Mubarak, ¿deben responder por sus actos ante el mundo?

Cuando asesinaron a Osama Bin Laden, descubrí que los argentinos tenemos una política de Estado que no había percibido: desde mediados de los años ochenta hasta hoy han pasado tantos gobiernos tan diferentes, pero todos han actuado de modo idéntico en un punto. Han cuidado la vida del General Videla. Y le han garantizado sus derechos a un juicio justo. Porque Videla, que montó un dispositivo terrorista que mató más personas que el atentado terrorista a las torres gemelas, tiene iguales derechos que quienes lo juzgan. Y por eso está preso.

Norbert Elias, en *El proceso de la civilización*, entendía a este como el fortalecimiento de las autocoacciones “que impiden a todos los impulsos espontáneos expresarse de modo directo en acciones, sin la interposición de aparatos de control”. Impulsos pasionales refrenados. Elias tenía la peculiaridad de no hacer una valoración acerca del proceso, interesado en comprenderlo. Descriptivamente, *vendetta*, ojo por ojo, diente por diente, ciertamente, no podrían pertenecer a un grado muy alto de la civilización. Ofrecen, a los ojos que permanezcan abiertos a Guantánamo o a Irak, actos que dan cuenta de nociones muy restringidas de justicia. Muy restringidas a occidente. Un occidente, además, más restringido en sus límites de lo que muchos latinoamericanos creen. Todos los occidentales nacen iguales. Los no occidentales y no occidentalizables, también.

Deconstruir esa frontera imaginaria que se convierte en acto, en sangre, en ocupación, en territorios fuera del mundo y en realidad cotidiana es el desafío imprescindible para una idea verdaderamente universal de una igualdad de derechos. Una gran parte de los seres humanos viven su vida de un lado de la frontera. Sin embargo, de lo que se trata es de interpretarla para transformarla.

III

La Argentina es un país extraño: las muertes políticas producen crisis institucionales. Esto nada tiene que ver con una esencia, sino con una historia. Habiendo sido un país con intensa violencia política y con uno de los dispositivos más brutales de terrorismo de Estado, también se conjugaron la derrota de la guerra de Malvinas –la cual golpeó en el corazón del poder militar– con una movilización cívica por los

derechos humanos no tan frecuente en la región. La historia es larga y ha tenido múltiples bifurcaciones, pero hoy la Argentina es uno de los países donde mayor cantidad de militares están presos y otros aún siendo juzgados.

No se trata de un valor general de la vida. Las muertes por desnutrición o por inseguridad vial aparecen como inevitables. Sin embargo, la propia sociedad ha repuesto la contingencia de las muertes políticas y cada vez se ha vuelto más intolerante hacia ellas. El 19 de diciembre de 2001 el presidente De la Rúa decretó el Estado de Sitio ante los asaltos a supermercados. Hubo una reacción masiva, donde se entremezclaba el rechazo al estado de sitio y a medidas económicas en un contexto de recesión. El 19 por la noche y el 20 durante el día se produjo una represión policial que terminó con varios muertos. Hubo muertos en los propios asaltos a los supermercados, incluso en choques con dueños de los mismos, y hubo muertos de la represión en los alrededores de la Plaza de Mayo. Entre las decenas de muertos de esos días, la tipologización y la contabilidad siempre fue algo problemática. Esa clasificación persistió como inestable en el imaginario colectivo: cuántos de ellos eran muertos políticos.

El 20 de diciembre por la noche, el presidente De la Rúa renunciaba y la Argentina tendría cinco presidentes en las dos semanas posteriores. Finalmente, asumió Eduardo Duhalde en el contexto de mayor movilización social y política que se había experimentado desde 1982-1983. Fue el auge de las asambleas populares y de los movimientos piqueteros, quienes periódicamente cortaban rutas y puentes. En un proceso cuya responsabilidad política aún no fue esclarecida, la Policía de la Provincia de Buenos Aires asesinó a dos militantes piqueteros el 26 de junio de 2002. Los días posteriores fueron una conmoción y Duhalde, que aún tenía por delante un año y medio de gobierno, debió convocar a elecciones y entregar el poder once meses después. “Acortó su mandato para alargar su poder” describió con certeza un líder de la oposición.

Néstor Kirchner asumió leyendo adecuadamente la situación: ningún gobierno resistiría un muerto político. Ordenó que la policía fuera desarmada a las protestas sociales. Fue duramente criticado por no poner “orden”. Pero Kirchner sabía que la legitimidad de la represión política estaba pulverizada por la experiencia reciente y su relación con los derechos humanos. El próximo muerto político célebre provino de la policía de Neuquén en 2007. Fueron muchos años. La víctima fue un maestro que participaba de una huelga y la protesta. Fue clara la responsabilidad de una policía provincial dependiente de un gobierno opositor al oficialismo nacional. Al igual que con el caso de Kosteki y Santillán, los autores materiales fueron juzgados y condenados. En

este último caso, hubo huelga general de la central obrera minoritaria y paro nacional por una hora de la central mayoritaria (la CGT). Un muerto político en una provincia alejada generaba una protesta formal y masiva de todos los trabajadores. No sucede así en todos los países. Era un maestro, lo cual condensa varias implicancias en la Argentina.

La legitimidad de la represión y de la muerte varía según la región del país y el tipo de persona que sea víctima de la acción estatal. Jorge Julio López es un nuevo desaparecido de la democracia, después de haber declarado en un juicio contra represores. Es recordado hasta hoy, de modo activo. Mariano Ferreyra, militante del Partido Obrero y estudiante universitario, apoyaba a trabajadores despedidos del ferrocarril y luchaba contra la precarización laboral. En medio de una protesta exigiendo el ingreso en blanco de los trabajadores tercerizados, patotas enviadas por dirigentes de un sindicato lo asesinaron. Se produjo una verdadera conmoción política que no sólo terminó con el secretario general de la Unión Ferroviaria preso (lo cual es inédito), sino que según el hijo de Néstor Kirchner, fue una de las causas del fallecimiento de su padre: “A mi viejo lo mató la muerte de Mariano Ferreyra”. Lo cierto es que Kirchner luchó durante todo su mandato para evitar muertos en manifestaciones y lo cierto es que hubo sólo una semana entre el asesinato de Mariano y su propio fallecimiento.

Un mes después, en noviembre de 2010, la policía de la provincia de Formosa, de un gobernador que pertenece al sustento justicialista del kirchnerismo, desató una represión contra los qom, que desarrollaba una lucha por tierras. Asesinaron a Roberto López, un indígena. Sin embargo, el hecho no tuvo ningún impacto político en la provincia, ni en la nación, ni en la Casa Rosada. El gobernador no perdió votos, la CTA y la CGT no intervinieron (seguramente porque no se trataba de un trabajador en huelga), los funcionarios del gobierno nacional no tuvieron ninguna intervención destacada, los partidos de izquierda que convirtieron a Mariano Ferreyra en una figura conocida con amplia repercusión no tuvieron ninguna actitud análoga con López. De hecho, incluso en los mundos más politizados se habla del muerto “qom”, pero no tiene nombre y apellido. Se abrió un proceso judicial y se imputó a dos oficiales, pero los qom han estado meses en Buenos Aires sin respuestas oficiales.

Sectores cercanos al gobierno explicaban (no siempre justificando) que se actuaba así porque el gobernador era un aliado importante. Sin duda, es un aliado más importante y constante que Pedraza, el dirigente sindical que está preso. Pero también es gobernador de una provincia bastante pequeña y bastante remota. La hipótesis *la muerte con sangre entra* es que si la policía formoseña hubiese asesinado a un artista porteño que apoyaba la movilización de los qom, una crisis de

enormes proporciones se hubiese abierto en los días posteriores. Pero solamente asesinaron un qom, sin nombre y sin apellido.

Esa hipótesis parece verificarse cuando otra policía provincial, de otra provincia remota, Jujuy, asesinó a tres personas, que integraban las quinientas familias que ocupaban terrenos del Ingenio Ledesma para que la familia Blaquier les cediera quince de las 130 mil hectáreas que posee. Además, también hubo un policía asesinado de un balazo. Estas muertes fueron en julio de 2011 y ya marcan algo profundo. Los muertos políticos de Jujuy y de Formosa no tienen el impacto ni la relevancia de los muertos en Buenos Aires. Y los muertos del Parque Indoamericano, ubicado en la Capital Federal, se asemejan a estos otros: la sangre se impone a la geografía.

Si la clasificación hegemónica de las personas y los grupos es bastante clara en su jerarquización racial y territorial en Argentina, por qué no habría de serlo en la jerarquización de la vida y de la muerte. A través de esas desigualdades, puede ser que la muerte política vuelva a ser habitual en la Argentina, más allá de la comparación con otros países.

IV

Samuel Huntington propuso el concepto de “seguridad societal”. Si la “seguridad nacional” refería a la soberanía, este otro concepto alude a la capacidad de un pueblo para mantener su cultura, sus instituciones y su estilo de vida. Esa “seguridad societal” muchas veces es propuesta en nombre de algo tan bello como la preservación de la diversidad humana. La política y la gestión de las diferencias humanas tornan invisible la imbricación entre determinadas heterogeneidades y los dispositivos de poder. Por ello mismo, se trata de una política para obtener la inmunidad (Espósito) frente a la contaminación intercultural. La soberanía es allí entendida como el retorno al mundo armónico en el cual cada cultura, término que aquí ya no tiene distinción alguna con raza, habitaba su territorio específico.

Foucault, quien se ocupó a fines de los setenta del neoliberalismo, ya había trabajado nociones sobre la guerra de razas y el racismo. Allí hay elementos que permiten comprender que el neoliberalismo tiene ya como uno de sus capítulos centrales a las biopolíticas de la diferencia y de la conservación de los “estilos de vida”. Son nuevas estrategias geopolíticas y tácticas espaciales de separación de lo vivido como incommensurable.

A la vez, es necesario comprender las maquinarias de producción de informaciones sobre poblaciones a partir de perspectivas muy definidas sobre (in)visibilización y gubernamentalidad. Informaciones es un modo de mencionar los procesos de categorización y tipificación de la población en un mundo en el cual la gestión local y global de la dife-

rencia culturalizada aparece como una matriz constituida por nuevas nociones de la seguridad.

Nuevas formas de gubernamentalidad crujen a nuestro alrededor y en muchos casos aún deben ser pensadas. La hipótesis *la muerte con sangre entra* implica que la dificultad que las sociedades democráticas tienen para aceptar el asesinato político, ya que es la negación misma del carácter supuestamente democrático de ellas mismas, se encuentra drásticamente reducida cuando las diferencias pueden ser elevadas a desigualdades esenciales entre tipos de personas. Personas de este y de otros mundos. Personas con y sin derechos. Personas *insiders*, *outsiders*. Personas no-personas.

Los jóvenes que sólo pretendían incendiar mendigos, *jamás* incendiarían caciques indígenas. Las fuerzas de seguridad británicas que luchan por evitar atentados terroristas, jamás hubiesen asesinado a Menezes si hubieran sabido que era brasileño. Una pena, *tenía rasgos árabes* y eso los confundió. Menezes, se dijo, corrió, asustado por la persecución. Cierto, si hubiese sido un atleta quizás habría podido escapar y estaría vivo. Si no lo era, posiblemente habría sido atrapado, como tantos británicos o seres en el planeta que intentan escapar de la policía y son apresados, no asesinados.

Tipológicamente hablando es claro que el cacique y Menezes no son asesinatos políticos. También que Bin Laden lo es: integra el tipo del Archiduque de Austria y de John F. Kennedy. Pero tampoco son asesinatos “sociales”, como los de la desnutrición o las pandemias que afectan a los condenados de la tierra. Tipológicamente, son asesinatos estrictamente tipológicos, donde el tipo de persona está en el origen y en la crisis que el propio asesinato inaugura. Los asesinatos tipológicos son político-culturales, ya que afectan la lengua en la cual se establecen las desigualdades categoriales en cada sociedad. Gracias a la sangre, entró.